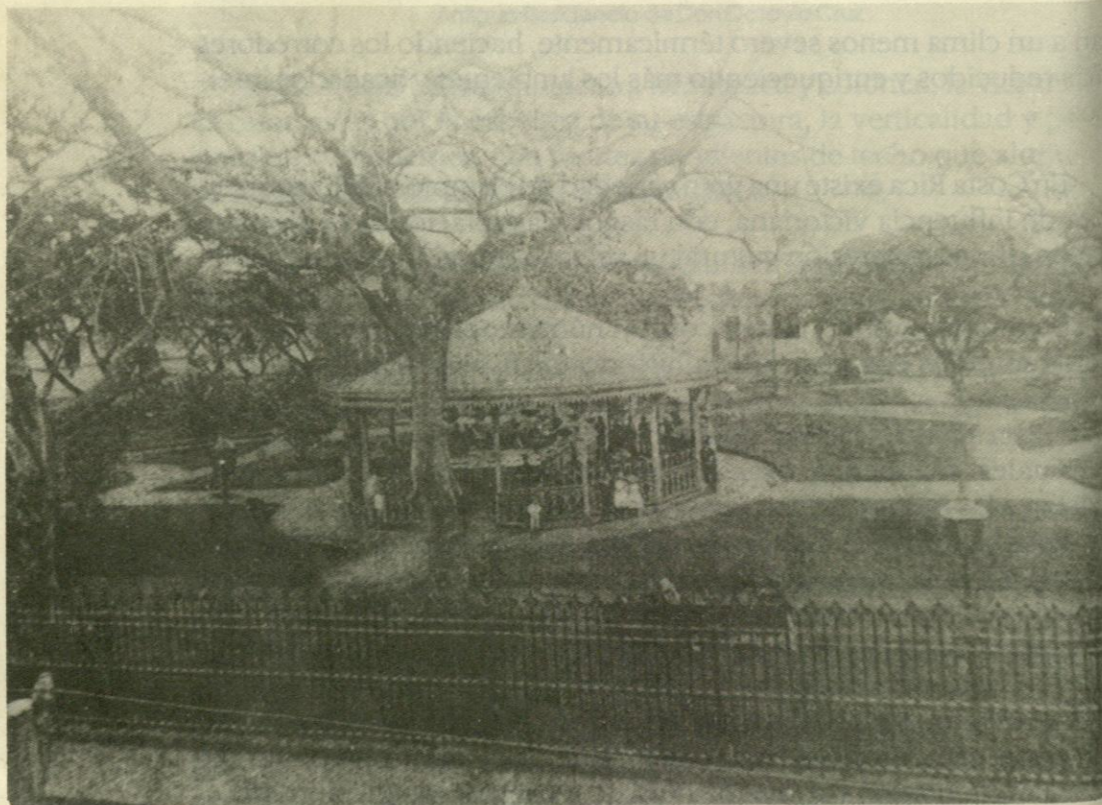


SOBRE LA IDENTIDAD NACIONAL

Alvaro Quesada Soto



La identidad nacional, que permite a un país concebirse como entidad político-cultural autónoma y autóctona, ¿debe ser considerada un fenómeno natural que, como una piedra, un monte o un río, existe independiente de nuestro esfuerzo y voluntad, como realidad ya constituida ante la cual no hay más opción que aceptarla tal como aparece y asimilarnos a ella? ¿O es quizás, producto de un difícil y complejo proceso histórico-social, que todos los ciudadanos, consciente o inconscientemente, contribuimos a forjar en respuesta a circunstancias cambiantes y en lucha constante contra fuerzas que se empeñan en negar o mutilar nuestra existencia? ¿Responden los estereotipos de la identidad o la idiosincracia nacional a las aspiraciones y necesidades de todos los costarricenses por igual? Quisiéramos reflexionar alrededor de estas interrogantes tomando como base algunos datos referentes al proceso de formación del estado, la cultura y la literatura nacional.

1. La exportación de café a Inglaterra, que se consolida hacia mediados del siglo XIX transformó por completo nuestro país. Con el intercambio comercial comenzó a llegar el "progreso" y la moderna cultura europea. ¿Pero tuvo sólo aspectos beneficiosos para el país ese "progreso"? ¿Y benefició a todos los costarricenses por igual? Todo el país se organizó en función de la exportación de café para el mercado internacional. Pero no todos tuvieron igual acceso a las bondades del mercado y del progreso. Una oligarquía agroexportadora monopolizó el beneficio y la exportación del grano, el crédito

proveniente del exterior, y la distribución interna de los productos industriales importados. Gran parte de la producción cafetalera quedó, sin embargo, en manos de pequeños productores, que dependían de la oligarquía para la financiación y la venta de sus cosechas. Parte importante de la población se ocupó del dificultoso transporte del grano desde el Valle Central hasta el puerto de embarque. A diferencia de otros países hispanoamericanos, la mano de obra servil o esclava fue casi inexistente en Costa Rica.

El monocultivo del café determinó así, tanto el ingreso del país en el camino del "progreso" capitalista y del mercado internacional con un ordenamiento relativamente "democrático", cuanto la distribución desigual de los beneficios del progreso y los derechos de la democracia entre los costarricenses. También las limitadas posibilidades de un desarrollo histórico independiente y autónomo, al hacer depender la sobrevivencia del país de los avatares de un producto agrícola en el mercado internacional, dominado por los países industriales desarrollados.

Esas características del capitalismo agrario, la democracia restringida y la dependencia económica, fueron determinantes para el proceso de formación de una identidad nacional y cultural en la precaria república.

Para las últimas décadas del siglo XIX la oligarquía cafetalera, que había logrado consolidar su posición como grupo dominante, inicia un esfuerzo para consolidar también, bajo su égida, un

estado nacional con sus correspondientes aparatos ideológicos (leyes, educación, familia, religión, etc.) uniformados bajo el signo del "liberalismo" político y del "positivismo" filosófico. A partir de 1870 se inicia un proceso de centralización del poder económico, político e ideológico alrededor de los intereses y necesidades de la oligarquía cafetalera. En sus manos se concentra no sólo la riqueza, sino también el control político y administrativo del aparato estatal, y las tareas de dirección, organización y distribución del trabajo de todos los costarricenses, así como la apropiación de sus frutos.

Esta desigualdad era a su vez, legitimada como **legal** o **natural** mediante un proceso paralelo de unificación ideológica alrededor de un concepto de **nación**, que permitiera identificar los intereses **nacionales** con los intereses de la oligarquía. En este proyecto jugó un papel predominante la educación estatal -que se consolida con las reformas educativas de 1886- y más tarde -una vez distribuidas convenientemente las cuotas de poder entre el estado y la iglesia en la última década del siglo- la educación religiosa. La escuela, centro de promoción de nuevas actitudes y destrezas, es también,



paradójicamente, el instrumento adecuado para reproducir la distribución **desigual** de esas aptitudes y destrezas: educación elemental y religiosa, que fomenta la obediencia y el respeto a la tradición y la autoridad como forma de preservar los valores "cívicos" y "morales", para la gran mayoría del pueblo y las mujeres (1); conocimientos científicos y culturales más avanzados para una minoría masculina, ligada a las élites urbanas (sólo en las capitales de provincia del Valle Central había escuelas y colegios): educación superior para una ínfima sección de esa minoría, que además, en gran parte -tras la supresión de la Universidad de Santo Tomás- debía viajar al extranjero para obtenerla (2).

A partir de la década de 1880 la educación jugará un papel cada vez mayor -sustituyendo paulatinamente al ejército como aparato represivo- en la formación de un "consenso democrático" que tienda a introyectar como propios de todo ciudadano nacional los designios de la oligarquía dominante. El aparato ideológico sustituye paulatinamente al aparato militar, y la manipulación a la violencia, como medios de represión de los intereses y aspiraciones de los grupos marginados en el estado liberal costarricense.

Es obvio, sin embargo, que este proceso de homogenización ideológica y de formación de una conciencia o identidad "nacional" que respondiera al proyecto hegemónico del "liberalismo" oligárquico, no podía desarrollarse de manera uniforme y unívoca sin generar múltiples tensiones y contradicciones.

Podemos advertir, en primer lugar, una contradicción fundamental entre la tendencia a la unidad y la asimilación al paradigma oligárquico de grupos sociales con intereses y prácticas contradictorios, disímiles y heterogéneos; y las tendencias disgregadoras que generan los choques y resistencias de esos mismos grupos contra un modelo de "identidad nacional" que tiende a reprimir, mutilar o excluir su participación o su existencia.

Se advierte, en segundo lugar, una contradicción en el interior del propio proyecto **nacional** oligárquico, que oscila entre la identificación y la asimilación con los modelos económicos, políticos e ideológicos metropolitanos -europeos, en un principio; estadounidenses, más tarde- y el esfuerzo por construir una identidad y una cultura nacionales que pudieran concebirse como propias y autóctonas. Máxime cuando el "progreso", según vimos, llevaba en su seno el germen de la enajenación: la sujeción del desarrollo nacional a las demandas de un mercado internacional dominado por intereses ajenos.

Así, el proceso de formación de una identidad nacional que respondiera a las exigencias del precario estado "liberal" costarricense, oligárquico y periférico, quedó marcado, de manera inconsciente pero indeleble, por una múltiple enajenación que confundía los intereses **nacionales** con los intereses **oligárquicos** y las necesidades **propias** con los ordenamientos **ajenos**. Así, el concepto de "identidad nacional" que se forja como producto del desarro-

De una parisiense graciosa y delicada pudo nacer la Diana de Houdon; pero, vive Dios que con una india de Pacaca sólo se puede hacer otra india de Pacaca (El Herald de Costa Rica, 24 de junio de 1894).

Ya hacia 1900, sin embargo, los términos de la polémica sobre "nacionalismo" en literatura, habían variado sustancialmente. Nadie volvió a poner en duda la posibilidad de que llegara a existir una "literatura nacional", y de que se pudiera hacer "literatura artística" sobre "asuntos nacionales"; el propio Fernández Guardia publicó en 1901 una colección de

Cuentos ticos sobre temas costarricenses y en 1902 **Magdalena**, "una comedia de costumbres nacionales". Lo que se planteó a partir de entonces - y siguió siendo una cuestión central en toda la literatura costarricense (3)- fue el problema del tratamiento de esos temas o asuntos: la aplicación de las tradiciones literarias europeas, reconocidas como modelo universal de "literatura culta", a una entidad nacional surgida de circunstancias histórico-sociales y culturales muy diversas que no podía ser asimilada, sin deformar o mutilar sus propiedades autóctonas, al paradigma europeo.



De aquí la tendencia de los escritores a reproducir en sus obras estereotipos culturales ajenos -incluso en el tratamiento de temas y motivos nacionales- y su resistencia a incluir las manifestaciones populares o autóctonas en su modelo de "cultura nacional"

Esto se aprecia con claridad en las reticencias que muestran los textos literarios del Olimpo a considerar como "lenguaje literario" el lenguaje costarricense. El lenguaje vernáculo -tanto los costarriqueñismos como el voseo que en Costa Rica sustituye al tuteo- sólo se admitieron en ciertos géneros "criollos" o "menores",

como el "cuadro" o "artículo" de costumbres, la "conchería", o los "juguetes cómicos". En los cuentos y novelas o en los dramas "serios", el voseo o las formas de la conversación vernácula sólo se utilizan de manera muy limitada y siempre discriminatoria, para "tipificar" personajes populares y campesinos, o para mostrar su pobre educación y su ignorancia. A los personajes de la clase alta o media, en cambio, se les hace hablar de "tú" o de "vosotros", formas lingüísticas ajenas a los usos idiomáticos del país y que a los oídos costarricenses suenan artificiales y postizas, pero que correspondían al paradigma oligár-

quico-europeísta del lenguaje "culto" o "literario". La misma discriminación tiene lugar en el enfoque de los personajes campesinos o las tradiciones populares, que sólo tenían acceso a géneros "costumbristas" y comedias, en donde eran tratados invariablemente de manera caricaturesca, satírica, o sujetos a una tipificación "folclórica" que los reducía a objetos exóticos, pintorescos y graciosos (4).

La literatura **nacional** que funda la generación del **Olimpo**, responde por lo tanto más al punto de vista y a las representaciones oligárquicas sobre el país, que a una auténtica representación de la vida y la realidad costarricenses, con toda la riqueza y multiplicidad de sus manifestaciones culturales.

3. Con los apuntes anteriores sólo pretendimos mostrar con algunos ejemplos, cómo el modelo de "identi-

dad nacional" que se afirma como un hecho constituido, que todos debemos aceptar e introyectar como propio a riesgo de convertirnos en malos costarricenses, disidentes o subversivos, es en realidad parte de un lento, dificultoso y complejo proceso histórico. Lo que se afirma como "identidad nacional" responde a menudo a los intereses de un grupo dominante que pretende arrogarse la representación de la nación en su conjunto, o a los intereses de una ideología internacional que pretende afirmarse como la voz de la civilización o el paradigma de la cultura "universal". Aceptar sin conciencia crítica la imposición de un modelo de "identidad nacional" que no responde a los intereses de todos los que participan en la vida de la nación, equivale a enajenarse: entregar su propio ser para que se convierta en objeto de manipulación y responda en última instancia a designios ajenos.



NOTAS

- (1) El historiador J.R. Quesada hacía notar que el manual de Instrucción Cívica (1898) de Ricardo Jiménez, en concordancia con las ideas liberales pregonadas por su autor, afirmaba: *"la soberanía se ejerce por el sufragio universal, derecho acordado a todo ciudadano"*. Sin embargo, no todos los costarricenses tenían para el ilustre patricio el rango de ciudadanos capaces de ejercer sin limitaciones sus derechos, pues según él: *"el vulgo, la mayoría de la población, no tiene luces suficientes para discernir cuáles, entre los hombres públicos, son los que mejores garantías dan... de manejar bien los intereses del país"*. También en su opinión: *"El hogar doméstico y no la plaza pública es el lugar propio para el ejercicio de las actividades femeninas... (La mujer) no debe compartir con los hombres el poder público"*. (Cit. en J.R. Quesada Camacho, "La democracia costarricense y su discurso", en: **Herencia**, Vol. 1, No. 2, 1989, p. 83). Con las ideas del tres veces presidente de Costa Rica, coinciden algunas apreciaciones que el "poeta nacional" Aquileo J. Echeverría pone en labios del campesino protagonista de su conchería **La firmita**: para el bien de la nación, son los "levudos", los que "saben" porque han asistido a la escuela, quienes deben gobernar; los conchos "descalzos" deben limitarse a trabajar y obedecer:

*"Dejemos a los que saben
y se han quemao las pestañas,
un día con otro en l'escuela,
noche tras noche en la casa,
que busquen entr'ellos quien
mande, si bien los manda..."*

*Y si los otros queremos
de veras a la Patria
escribamos con el sachó,
discursiemos con la pala,
porque el día que los metamos
nosotros a legislarla
se muere di'hambre la gente:
la levuda y la descalsa"*
(Echeverría A.J., **Concherías, romances,
epigramas y otros poemas**, Lehmann,
s.f., p. 190-191).

- (2) Cf. Churnside R., **La formación de la fuerza laboral costarricense**, 1985, cap. 5.

- (3) Todavía en 1927, en el prólogo a su novela **Minucias**, el escritor Arturo Castro expresaba: *"...el lenguaje que aquí se usa no es el nuestro: [al autor] le ha parecido demasiado antiestético el 'vos' tico para ponerlo en boca de nadie, y mucho más chocante la serie de nuestros dichos populares y formas extravagantes de decir..."* (cit. en: A. Bonilla, **Historia de la literatura costarricense**, 1967, p. 162) El caso más extremo de "europeísmo" lo constituye probablemente el escritor H. Alfredo Castro (1889-1966) - uno de los más prolíficos dramaturgos nacionales de la primera mitad del siglo XX- quien por haberse formado en Francia escribía en francés y publicaba sus obras en Costa Rica en aquella lengua o traducidas al español por amigos cercanos. En un artículo publicado en 1956, Castro argumentaba así su posición con respecto a una literatura nacional carente de una tradición literaria semejante a la europea: *"... Toda creación literaria se inspira, que lo queramos o no, en el fondo intelectual que nos ha formado: en Costa Rica, por el idioma le somos deudores a España y por afición a Francia: esas serían las dos corrientes que podrían constituir nuestro [sic] patrimonio tradicional y le toca al escritor escoger entre la cultura española y la francesa..."* (Castro H.A., "El teatro de José Fabio Garnier", en **Brecha**, año 1, No. 3, nov. 1956, p. 17)

- (4) Sobre los usos discriminatorios del lenguaje en la literatura de la época, ver: Gaínza G., "Apuntes para el estudio del contenido de Magdalena", en **Escena**, año 3, No. 5, p. 40; Quesada Pacheco M.A., "Actitudes hacia el habla campesina de Costa Rica a través de su historia", en **Herencia**, Vol. 1, No. 2, 1989, p. 72; Quesada Soto A., **La formación de la narrativa nacional costarricense**. 1986, cap. II y III.

LA ARQUEOLOGIA DE NUESTROS TATARABUELOS

Floria Arrea Siermann

